

Momo duerme al fin.

Su mujer se había ido con las niñas a comer a casa de sus padres.

En principio todos los domingos tenía que ser así, como si lo hubiera estipulado un juez.

La verdad es que aquello le parecía una especie de dictadura.

Además precisamente los domingos, después de misa de doce, a la que sus suegros no iban, pero qué más daba si luego celebraban la eucaristía en familia.

De milagro no le habían obligado a casarse por la iglesia.

De hecho la familia de ella lo había sugerido, pero sus padres se habían opuesto.

Aunque a él, ya puestos, hasta le hubiera dado igual.

Casarse estaba hecho para reproducirse como en una especie de granja.

Ganado cristiano, mahometano, budista...

¡Qué más daba en este mundo global!

Si eso era lo que todos los hombres tenían que aguantar en contrapartida a disfrutar de sexo seguro y asegurado, había que asumir los inconvenientes.

Por mucho que le doliera, él había entrado en el juego; aunque aún tenía esperanzas de salir, al menos a pasear un rato en libertad, como pensaba hacer aquella misma tarde a las seis.

Por eso se iba todos los sábados por la noche a pintar en la calle, para tratar de librarse de la maldita comida dominical.

Su esposa siempre montaba en cólera, pero él terminaba saliéndose con la suya.

Además ella hacía lo mismo los sábados.

En principio les tocaba ir a la casa de sus padres, pero siempre encontraba alguna excusa para evitarlo.

Si no salía tarde del gimnasio, la chica que le hacía la manicura o el peluquero se entretenían más de la cuenta.

Luego le tocaba a él llamar al Telepizza y a su madre disculpándose.

Así no era de extrañar que luego su suegra la odiara.

Trataba de disimular mostrándose afable y sonriente, pero se le notaba en la voz.

Al menos sus padres no eran unos ignorantes pretenciosos como los de su mujer.

El padre de Mercedes, si sostenía el periódico durante horas frente a sus narices, La Razón, era simplemente para parapetarse tras él.

Sus padres, leían ambos El País, lo que ofrecía a la pareja una cierta imagen de igualdad.

Pero en realidad no era así, dado que los dos trabajaban en la librería y era ella la que compraba, limpiaba y cocinaba.

La Madre de Mercedes también, pero a diferencia de la suya, se vestía de ricachona y se permitía no trabajar gracias a los manejos inmobiliarios de su marido.

Aunque ya antes, cuando él era un simple contratista, según las fotos familiares, siempre llevaba falda, tacones, pendientes, los labios rojos, las uñas pintadas, y se notaba que iba a la peluquería.

Mercedes era también de esa clase de mujeres que se arreglaban muchísimo.

Cuando se habían conocido, le había gustado precisamente por eso, ya que el aspecto de su madre le parecía deprimente, pues iba siempre con pantalones, sin maquillar y con el pelo canoso sin peinar.

El tener a su lado a una chica siempre arreglada, aunque no era guapa, le hacía sentirse seguro.

Eso le parecía lo que todo hombre necesitaba, y le atraían terriblemente las mujeres engalanadas, aunque nunca leyeran el periódico.

Por eso ahora, gracias a que al menos posee una, duerme tranquilo.